

COLECCIÓN
ALMANAQUE

LA SOLIDARIDAD DE LOS EXTRAÑOS

•
SUSANA IBÁÑEZ



VERA editorial cartonera

LA SOLIDARIDAD DE LOS EXTRAÑOS



COLECCIÓN
ALMANAQUE

LA SOLIDARIDAD DE LOS EXTRAÑOS

SUSANA IBÁÑEZ •



VERA editorial cartonera

LOS INDISCUTIDOS BENEFICIOS DEL DEPORTE

•

En la nueva escuela tardó en hacerse de amigas. Solo las veía en clase porque de lunes a viernes su padre no quería que ni su hermano ni ella hicieran nada que no tuviera que ver con el estudio o con el deporte. Cuando una compañera al fin la invitó a merendar, su madre le dijo que solo podía ir un sábado. El domingo era para la familia.

Una vez que terminaba de estudiar, mataba el tiempo con lectura o con tareas domésticas. Nunca compraron televisor. La caja boba acá no entra, decían sus padres. La tarde se le hacía interminable. Podía sacar libros de la biblioteca pública que estaba en la esquina, pero nada de caminar por el centro, chismear en la puerta ni perder el tiempo en pavadas. Ir a clases de inglés no era ningún recreo porque la academia quedaba cerca de su casa y el camino no ofrecía entretenimientos. Aprendió a tejer al crochet, a hacer tortas de paquete, a subir ruedos y pegar botones.

Su hermano, en cambio, se había organizado para salir todos los días. Jugaba al fútbol en un club que estaba en las afueras de la ciudad y además iba a clases de guitarra que le llevaban mucho tiempo. El profesor era exigente. O eso decía. Una tarde, de vuelta de inglés, lo vio salir de una casa que no era la de su profesor de guitarra. Él no la vio y ella nunca le dijo nada, pero el encuentro le sirvió para darse cuenta de que podía inventar una actividad y pasear un poco de vez

en cuando. Le llevó unos días juntar coraje. Ensayó frente al espejo para que no le temblara la voz y para que la expresión no le cambiara. Cuando estuvo preparada, dijo en el almuerzo que esa tarde tenía una reunión en el club con el equipo de natación. El entrenador quería hablar de la temporada siguiente y de una posible piletta cubierta.

—Vas y venís —dijo la madre.

El padre no dijo nada.

*

El verano anterior, apenas se mudaron a esa ciudad, la habían mandado a natación. Creían que era el único deporte que podía hacer sin anteojos. Los anteojos eran una fuente de conflicto para la madre porque la afeaban y para el padre porque eran carísimos. La primera semana que los usó se le rompieron en el almacén. Se inclinó para levantar la canasta y se estrellaron contra el piso. Cuando vio lo que salía reponerlos, el padre le dijo que los usara solo en clase o sentada al escritorio de su cuarto, y que el resto del tiempo mejor no, así de paso los ojos no se acostumbraban a la ayuda y aprendían a trabajar solos. Al momento de elegir un deporte en ese nuevo lugar —se mudaban año por medio en esa época—, pensaron entonces en natación. Como ya nadaba bien, entró directamente al equipo de competencia. Lo que ella no le contó a nadie era que no llegaba a ver la línea negra del fondo y que por eso se iba siempre contra el andarivel. Al profesor le decía que no le gustaba abrir los ojos bajo el agua y él, sin saber cuál era la dificultad, la hizo competir igual, aunque su lentitud le restara puntos al equipo.

El club estaba cerca, pero en una zona de la ciudad a la que sus padres nunca iban. Sabía que una vez que caminara dos o tres cuadras quedaría fuera del radar de la familia. Solo tenía que estar atenta al cruzar la calle. Veía los autos cuando ya estaban a media cuadra, y en cuanto a las motos, se guiaba por el oído. Las bicis siempre serían un problema para ella.

Entró al predio con miedo porque aunque el lugar le era familiar, las caras con las que se cruzaba eran manchones que no sabía si

saludar o no. Fuera de eso, tenía toda la tarde por delante para hacer lo que quisiera. Se sentía liviana y no podía dejar de sonreír. Al rato pudo comprobar que no había nadie de su edad en el club. Al fondo los más grandes jugaban al tenis. La pileta tenía solo algo de agua en lo hondo y la reja perimetral estaba cerrada. Se sentó al sol en las gradas de la cancha de básquet sin saber qué hacer. En medio de la cancha alguien había dejado una pelota. Estaba gastada, así que supuso que sería del club. La hizo rebotar y trató de encestar. El aro estaba altísimo y no tenía red. A veces no estaba segura de si la pelota había entrado o no, pero con eso se entretuvo hasta que pensó que ya era hora de volver.

Con la excusa del equipo de natación, empezó a ir al club una vez por semana. En su casa decía que el profesor quería que se mantuvieran en forma y que los hacía correr y practicar algunos movimientos. Cuando llegaba recorría el club de punta a punta buscando a alguien de su edad, miraba partidos de tenis y jugaba con la pelota que siempre encontraba en la cancha de básquet. Una tarde la pelota no estaba. Le pareció que el club la había traicionado. No tenía caso seguir yendo, no había nadie con quien conversar. No volvió más después de eso. En su casa dijo que tenía demasiado que estudiar y que el profesor le había dado permiso para no ir a los entrenamientos.

Cuando llegó la primavera y le anunciaron que la iban a inscribir otra vez en natación, dijo que prefería pasar el verano con los abuelos. ¿Para qué competir, pensaba, si no había ganado ni una carrera, si nadar más de cincuenta metros la agotaba? Con los abuelos iba a poder salir un poco más de la casa, conocer gente, conversar.

*

Pero los abuelos le insistieron en que mientras estuviera con ellos fuera al club de la ciudad a hacer algún deporte. Entraría como invitada, ni siquiera tenía que ser socia. Le prestaron una raqueta de madera y le compraron un tubo de pelotas de tenis.

—Seguro que vas a encontrar quien te enseñe —le dijo la abuela.

—Mirá cómo hacen los otros y vas a aprender —dijo el abuelo.

Fue en ómnibus —le pidió al chofer que le avisara cuándo bajar— y al llegar buscó algún grupo de chicos. Había varones en la cancha del fondo jugando al fútbol. Chicas no había. Pensó que llegarían pronto y que mientras tanto aprendería a usar la raqueta. Había mirado jugar al tenis antes, pero no había prestado atención a los detalles. Se quedó un rato mirando cómo le pegaban a la pelota los hombres que jugaban en la cancha principal. Parecía que había que hacer muchísima fuerza. Unas chicas más grandes entraron a la segunda cancha con un profesor. Se sentó a escuchar las indicaciones que recibían. En el frontón se dio cuenta de que no sería nada fácil. Le dolía el hombro, respiraba mal, pero por lo menos después de un par de horas de intentarlo la pelotita regresaba hasta sus pies.

Así fue todo enero. Llegaba al club a la siesta, practicaba y se volvía cuando empezaba a aburrirse o cuando se levantaban los mosquitos. Los abuelos le habían dicho que apenas se encendieran las luces del parque del club pegara la vuelta, pero nunca llegó a verlas prendidas. En el colectivo de ida siempre pensaba que alguien se uniría a su esfuerzo en el frontón, que le corregirían algún golpe o le harían compañía. Eso no pasó. Aprendió el revés sola y logró sostener la pelota seis golpes sin perderla. En el colectivo de vuelta se decía que algún día la verían pegar tan bien contra la pared que la invitarían a jugar en una cancha.

Pasó una sola vez. La hija del cantinero la saludó cuando ella iba camino al frontón una tarde más.

—¿Querés pelotear? —le preguntó la chica—. Tengo media hora antes de un doble.

Y fueron. Ella nunca se había parado en una cancha y le pareció enorme. Hasta ese momento solo había mirado desde las gradas cómo había que inclinarse para esperar la pelota, cómo poner la raqueta para el drive y el revés. Solo sabía sacar de abajo. La chica le tiró una pelota lenta y alta, o por lo menos eso supuso ella por el movimiento que hacía el brazo del otro lado de la red. Vio el brazo, pero no la pelota. Cuando rebotó a sus pies ya no tuvo tiempo de devolverla. La chica sacó otra vez, y otra. Ella se quedaba quieta hasta que veía la

mancha verde ahí, sobre su cuerpo casi, y la dejaba pasar. Buscó las tres pelotas y sacó ella. La chica le devolvió casi sin fuerza, pero otra vez reaccionó demasiado tarde para pegarle. Llegaron las amigas a jugar el doble y la chica fue hacia el costado de la cancha a recibir las. Ella la saludó con la mano en alto. Supuso que la otra le devolvía el saludo desde el banco junto a la cancha, a tantísimos kilómetros de distancia.

*

Volvieron a mudarse. En la secundaria las compañeras jugaban al hockey. Pensó en jugar ella también, pero sabía que su vista era demasiado débil, que sería pésima corriendo tras algo que no vería ni con las lentes de contacto que al fin había empezado a usar. Sus compañeras también miraban partidos de rugby y tenían amigos varones. Ella se enteró porque lo comentaban en los recreos, pero no sabía cómo se organizaban para ir ni dónde estaban las canchas. Le daba vergüenza preguntar. Venía de una ciudad más chica y muchas de las cosas que decía provocaban risas y gestos que no le gustaban. Le llevó meses darse cuenta de que miraban los partidos después de jugar al hockey o mientras entrenaban. Eran una gran cofradía, las de hockey y los de rugby, una cofradía fuera de su alcance. En Historia habían hablado de las castas. Ella había nacido en otra.

El padre seguía insistiendo en que además de inglés hiciera actividad física, así que se anotó en una clase de *aerobics* en el centro. Pensaba que podría volverse caminando por la peatonal y burlar así ese mandato ridículo del *vas y venís*. Era la más chica de todas las inscriptas, tanto en edad como en altura. Iba con entusiasmo y no solo para pasear por el centro: podía reproducir los movimientos de la profesora a la perfección, mantener el ritmo, coordinar bien. La mujer siempre la felicitaba por lo rápido que captaba las instrucciones y por su resistencia. Por primera vez pensaba que se luciría ante sus padres haciendo algo con el cuerpo.

Un día la profesora dijo que montarían una muestra para fin de año. El resto de las clases fueron para ese cierre. Ella practicaba en

su cuarto frente al espejo los movimientos que había aprendido de memoria para no errar nunca, para ser la mejor. Sus padres estarían entre el público y la señalarían para que los demás vieran a quién habían ido a aplaudir. Su hermano le palmearía el hombro y le diría *bien, enana*. Dos semanas antes de la presentación, la profesora le dijo que se ubicara atrás de todo porque quería a las más altas adelante.

—Pero no me van a ver.

—No importa.

Se sintió en medio de una enorme cancha de tenis en un club desierto.

No fue más.

Ella sabía que era baja, pero no entendía por qué la profesora la enviaba atrás si en la fila del colegio para la oración de la mañana y en el aula estaba siempre adelante. A los padres les dijo que la muestra se había cancelado. A esa altura ya sabía mentir muy bien.

*

La habían anotado en la orientación en Ciencias Económicas, así que en el colegio tendría Educación Física solo tres años. En cuarto y en quinto la carga de estudio era tan grande que no había tiempo disponible para la materia. A pesar de ser demasiado baja para destacarse en voley, que era el deporte del colegio, fue la única en tener promedio diez los tres años. Llegaba antes que nadie, siempre tenía el uniforme completo, buscaba las pelotas en el cuartito, colgaba la red. No charlaba en clase, acaso porque nadie le daba conversación. Nunca faltó.

Hacia fines de tercer año, para darle un cierre a la materia, la profesora las preparó para una muestra de gimnasia. Se dividieron en grupos y el suyo pasó dos meses ensayando para balancear de manera sincronizada aros forrados con papel aluminio. La indicación más importante, la que más se repetía en los ensayos, era que siguieran el ritmo de la música, que nunca se miraran entre sí. La profesora decía:

—La cabeza siempre adelante, el mentón arriba, y se mueven con la melodía, ¿oyeron?

Nuevamente se encontró practicando frente al espejo del cuarto los movimientos que debían hacer de memoria. Lamentaba no tener la música que había elegido la profesora, pero por lo menos no equivocaría izquierda con derecha. Aunque el cuadro que hacían no era difícil, si no se movían todas juntas no tendría gracia. Otros grupos hacían volteretas en el aire, cosas más arriesgadas. El suyo cerraba la muestra con un toque artístico: después de los movimientos que tanto habían ensayado, se ubicarían de manera que los aros formarían el escudo del colegio. Después de eso, caerían globos desde el techo del gimnasio, en los parlantes sonaría el Himno al Deporte y empezarían las vacaciones.

Sus padres fueron a verla. Hacía mucho calor y el gimnasio estaba repleto. Para cuando le tocó el turno a su grupo y entraron en fila al gimnasio el griterío era tremendo. La música retumbaba en el techo del edificio, y el volumen estaba tan alto que el público hablaba a los gritos. Con tanto ruido y tan mala acústica era imposible seguir el ritmo, pero igual obedecieron la indicación de no mirarse. Cada uno hizo los movimientos según lo que recordaba de la melodía, la espalda bien derecha y la mirada al frente. La sincronización no funcionó. Algo desorientado, el público se empezó a ir antes de que terminaran. De los que se quedaron hasta el final, nadie reconoció el escudo ni se dieron cuenta de que el cuadro había terminado. No hubo aplauso. El Himno al Deporte no se cantó porque los chicos salieron a la caza de globos.

La profesora estaba furiosa. Cuando regresaron al vestuario les dijo que la habían hecho quedar muy mal ante las autoridades. Ella se cambió, saludó a un par de compañeras y buscó a sus padres entre el gentío del patio. No podía encontrarlos. Sus amigas se iban del colegio escoltadas por sus familias y ella los seguía buscando, cada vez con más angustia, al borde ya de las lágrimas. ¿Se habían ido sin ella? Se quedó parada en la puerta, sin saber qué hacer. Al fin los vio. La esperaban en el auto, a media cuadra de la salida. Estaban de muy mal humor.

—¿Por qué demoraste tanto? —le preguntó la madre.

—No sabía que estaban acá.

El padre arrancó y no hablaron por largo rato. Al fin, ya cerca de la casa, la madre rompió el silencio:

—Espantoso —dijo—. ¡Cómo les van a poner esas mallas negras que les marcaban todos los rollos!

—Menos mal que ya terminó —dijo el padre.

El hermano no había ido porque tenía clase de guitarra.

PELIGROS DE NADAR DE NOCHE

•

1

—No quiero que nos convirtamos en un cliché —le dijo ella en el aeropuerto.

Era el tercer viaje del año, y aunque él no sentía ninguna atracción por el mar, no había objetado la propuesta de ella. Reservó en un hotel con playa para que hiciera todo lo que le gustaba: podría navegar, hacer buceo, nadar, tomar sol. Pero antes de subir al avión ella lo miró a los ojos y le dijo lo del cliché. ¿Se habría visto reflejada en los vidrios que daban a la pista, joven todavía a sus casi cuarenta, al lado de él, que ya se encorbaba y que ni siquiera había puesto una malla en el bolso? Cuando se conocieron y se enamoraron la edad no fue un problema, pero su vitalidad había declinado pronto. Ya no hacía deportes y prefería escuchar música, leer, mirar películas.

—Nunca seremos nada de eso —le contestó él.

Ella le apretó la cintura y avanzó en la fila con los pases en la mano. Él tiraba del *carry on* de ella y de su bolso, que calzaba sobre la valija.

En pocas horas estuvieron en el hotel, él bajo un gazebo con un libro y ella corriendo al mar como una nena. Él habría preferido ir a esquiar para cubrirse de ropa y que las diferencias fueran menos evidentes. Al salir del agua ella se puso a conversar con los demás huéspedes y se tiró al sol. Lo que a él más le importaba era que ella no se aburriera. Tenía claras las cosas: él era el transporte que

ella había elegido para transitar su cuarta década después de un matrimonio infeliz, y ella era el paisaje que él contemplaba mientras se despedía de su empresa y aprendía a aceptar la declinación del cuerpo. Alguna vez estuvieron enamorados y ahora se hacían compañía. Aún así, nada de esto le parecía un cliché.

2

Les dieron todas las noches la misma mesa, en el centro del semicírculo de luz que proyectaba el restaurante del hotel sobre el jardín. Él no dejaba su silla, pero ella cada tanto se acercaba a otras mesas a saludar y renovaba los platos en el buffet.

—¿Te traigo más mariscos?

Siempre tenía una excusa para caminar entre las mesas.

—Si mirás bien —le dijo él la primera noche cuando ella volvió a su lugar con dos porciones de tarta de fruta, una diferente para cada uno—, allá arriba hay un montón de bichitos de luz.

Le señaló la copa de un árbol del otro lado de la piletta de los más chicos.

—Luciérnagas, querrás decir —dijo ella, mirando en esa dirección.

—De chicos les decíamos bichitos de luz. Salíamos al baldío en verano para cazarlos en vasos marrones que nos daba la abuela. En vasos Durax.

—Mirá vos. Probá esta de lima. —Le acercó el tenedor a la boca. Después miró el árbol y pensó un momento—. No creo que llegues a ver luciérnagas a esta distancia. Ni yo veo tanto.

—Se llama bioluminiscencia la luz que hacen. Es una reacción química por una enzima, la luciferasa.

—Pero qué interesante. —Ella miró alrededor. Buscaba con quién hablar—. Tenés que llamar a las cosas por su nombre. Esa manía que tenés de decirles chicharras a las cigarras, por ejemplo. ¡Bichitos de luz! Son luciérnagas. Y hay otra cosa que decís mal.

—Se los llama de distintas maneras en distintas regiones.

—Mamboretá. Así le decís a la mantis.

Terminaron el postre en silencio. Cuando se iban del restaurante ella suspiró mirando el mar y se quejó de que él no la hubiera acompañado a nadar.

—Mañana voy —le dijo él, aunque sospechaba que otra vez se sentaría a la sombra, con el sombrero que se había comprado esa tarde en el pueblo, a leer una novela larguísima.

—Si ni siquiera te trajiste la malla.

3

Los hijos —no las hijas de ella, que todavía estaban en la secundaria, sino los de él, padres de familia ya— le dejaban mensajes desde hacía unos días. Se habían hecho cargo de la empresa y a esta altura tenían que haber visto sus operaciones de los últimos años. En su cuenta personal quedaban muy pocos fondos. Había retirado mucho más de lo que ingresaba y ese año apenas si tendría para los regalos de Navidad de los nietos, legendariamente desmesurados. Y ahora lo llamaban por teléfono, seguramente preocupados, y él prefería no atender y mandarles como respuesta un mensaje corto: *estamos de vacaciones, en unos días volvemos*. La empresa no estaba en peligro porque nunca tocó un peso del capital. Lo que había gastado era suyo, pero igual sintió un escalofrío al pensar que iba a tener que hablar con ella y ponerla al tanto de la situación. Miedo, eso sentía.

A la edad de sus hijos él en el taller tenía una sola máquina y un aprendiz. Se ajustaban para comer a diario. Trabajó mucho, tuvo suerte, invirtió bien, y tenía derecho a un descanso. Sabía, sin embargo, que de haber sido por él no habría gastado tanto. Él podía leer en cualquier parte, no necesitaba esas palmeras ni los mariscos ni las tartas de frutas. Ella sí. Apenas sus hijas se iban a pasar una semana con el padre —cada dos o tres meses, cuando él estaba en el país—, ella buscaba dónde viajar. Se ponía frenética, como si se ahogara. Respiraba rápido hasta que acordaban dónde ir, y entonces sus hombros bajaban y le volvía la sonrisa. Hay un dolor ahí, pensaba él, pero

no hacía preguntas. Unos años atrás las habría hecho, pero hoy ya no. Se habían ubicado a una distancia cómoda y no quería acortarla.

¿Qué iba a decirles a sus hijos cuando le enrostrarán lo que había hecho? ¿Que hacía unos años pensó que no podría vivir sin ella? ¿Que no sabía ponerles fin a las cosas aunque ya no fueran como antes? Le dirían que era un estúpido, que estaba hecho un viejo verde y que su mujer era una cazafortunas.

Se le aflojaron los intestinos. Sudaba frío y el malestar no se le pasaba. No sabía cómo contarle a ella que se sentía mal porque lo avergonzaban las funciones del cuerpo, pero después de pasar la noche en el baño no tuvo más remedio. Ella reaccionó rápido.

—Te hago subir un té y tostadas de pan blanco.

Mientras ella llamaba al bar, él entendió que lo había descompuerto el miedo, pero tampoco pudo hablarle de eso.

—Tenés que tomar agua todo el tiempo, acordate. Acá te pongo una botellita. Queda una más en el frigobar.

Comió una tostada y se recostó sobre las almohadas que ella acababa de esponjar. Simuló dormir. Ella al rato apagó la luz de la mesita, cerró las cortinas y salió. Él siguió escuchando por unos minutos los sonidos de cada uno de estos movimientos y después solo lo rodeó el silencio.

No quería darles explicaciones a sus hijos ni decirle a ella que esto de los viajes tendría que terminar. ¡No quería, no tenía por qué! Se le cerró la garganta y le ardían los ojos. Ojalá que esos días no terminaran nunca, ojalá que no tuvieran que volver.

4

Ella tardaba en subir. Él se dio una ducha, abrió la ventana y se puso a responder mensajes en el celular con los pies en el sol. Quería que ella lo encontrara repuesto. Como solía hacer cada vez que necesitaba calmarse, buscó definiciones que le aclararan las ideas y los sentimientos.

Una amenaza es un fenómeno o proceso natural o social —leyó— que puede poner en peligro a un grupo de personas, sus pertenencias

y su ambiente, cuando no se toman las precauciones adecuadas. Existen diferentes tipos de amenazas. Algunas son naturales y otras son provocadas por el ser humano, como las explosiones, los incendios y los derrames de sustancias tóxicas. La amenaza puede convertirse en desastre, pero solamente si existen ciertas condiciones.

Las condiciones estaban dadas, de eso no tenía dudas.

5

Ella volvió casi al mediodía, con el pelo mojado y olor a bronceador de coco.

—Hay un médico en el hotel.

—Ya estoy mejor. Puede que haya tomado frío. El aire acondicionado estuvo prendido toda la noche.

—Entonces hoy vamos a dormir con el ventilador.

Bajaron a almorzar al bar. En el camino él saludó al jardinero —lo llamó por su nombre— y después le dio la mano al mozo que les buscó una mesa.

—Esa costumbre que tenés de confraternizar —murmuró ella.

Se puso las gafas de sol aunque estaban a la sombra.

—Te olvidás de que fui mecánico.

—Y eso qué tiene que ver.

—No me olvido de dónde vengo.

La comida los puso de mejor humor. Ella saludó con la mano a una pareja que se sentó cerca. Hablaron de una mesa a la otra sobre una excursión que se haría en un par de días. Dijeron algo de plancton, de algas luminosas. Después ella le explicó:

—Están llegando a esta zona unas algas, algo así. Se encienden de noche y se está armando una excursión en barco para ir a verlas. La idea es bucear o verlas desde la superficie, como cada uno quiera.

—Bioluminiscencia, igual que con los bichitos de luz. O luciérnagas, como vos digas.

—No me tires mala onda. Me gustaría ir en esa excursión.

—Entonces andá.

- ¿No querés venir conmigo?
—¿Meterme en el mar de noche? Ni loco.
—Quedate con tu libro entonces.
—¿Si no te interesan las luciérnagas, por qué te interesa esto?
—Hacés preguntas tan estúpidas a veces.

Después de comer ella se quedó en la pileta a hacer acuacross. Él subió a leer al balcón terraza del cuarto, desde donde podía verla. Nunca se cansaba de mirarla. No pudo vencer la tentación y buscó saber más sobre la excursión de las que hablaban.

Este es el fenómeno del mar que solo verás cuando salgas de noche, leyó. Se trata de unos microorganismos unicelulares eucariotas llamados dinoflagelados, un grupo de protistas que se mueven con ayuda de flagelos y que se encuentran habitualmente en el fitoplancton del agua dulce y marina. De hecho, la gran mayoría vive en agua salada y es ahí donde crean un efecto mágico que conocemos como bioluminiscencia. Se produce cuando el movimiento de las olas del mar genera impulsos eléctricos que se extienden por el microorganismo y activan la enzima llamada luciferasa, que reacciona con otra molécula, la luciferina, y los hacen emitir colores fluorescentes.

Igual que con los bichitos de luz.

6

—Sí, en eso tenés razón. Pero imaginate lo que va a ser nadar en el mar, de noche, rodeada de bichitos de luz de todos colores.

—Me lo imagino, hermoso. Y un peligro, también.

Cenaban otra vez en medio del semicírculo de luz. Por más que él buscó con la vista, no volvió a ver los puntos luminosos en la copa del árbol.

—Hay algo que parece que no entendés —dijo ella—. Tal vez sea la edad. Esto es algo que puedo ver, que puedo vivir. Me interesa lo que puedo hacer yo, no lo que vivió otra persona. Vos leés y vivís de lo que te cuentan. Yo entro a la vida y después cuento lo que vivo.

—Vos entrás y yo voy de salida, eso querés decir.

—No pongas en mi boca palabras que no dije.

Su madre decía lo mismo. Hacía mucho que no la recordaba.

—Son formas diferentes de vivir —siguió ella—. Mirá, que te explique el instructor de buceo.

Agitó el brazo sobre la cabeza. Se acercó un hombre joven. Llevaba una malla de colores brillantes y estaba muy bronceado.

—Carlos, explicale por favor a mi marido que no hay peligro en la excursión...

El hombre —a él le parecía un muchacho apenas— pidió permiso para sentarse. Mientras ella iba a buscarle una copa, él le explicó que la natación nocturna en aguas abiertas podía ser una experiencia inolvidable. Desde el mar se veían las estrellas y las luces en la orilla, que ya de por sí eran un gran espectáculo, pero esos días, además, se podían ver las algas luminosas.

Ella volvió con la copa, se la llenó de agua —él había rechazado el vino— y le dijo:

—Mi marido cree que es peligroso.

—Tomamos todas las precauciones. Nadie puede nadar solo, por ejemplo. Si vemos que alguien se aparta del grupo, uno de nosotros se acerca nadando y lo guía de regreso. Vigilamos que no haya medusas ni algas demasiado grandes en las que puedan enredarse. Tampoco nos alejamos mucho de la costa. El barco fondea por ahí.

Señaló un punto entre los dos muelles que limitaban la playa del hotel. Su brazo era un laberinto de músculos en tensión y venas saltonas.

—Y nos dan chalecos —siguió ella— y unos collares que se encienden.

—Nunca tuvimos ningún inconveniente. —El instructor terminó el agua, se puso de pie y dijo—: si se deciden, anótense mañana y les damos el chaleco y el collar, así ven que son de buena calidad y se quedan tranquilos.

7

Lo despertaron dos mensajes de sus hijos preguntando cómo estaba y cuándo volvía. Se le retorcieron las tripas otra vez. Ella ya había bajado. Sobre el sillón había un chaleco fucsia y sobre la mesita, un tubo de plástico del mismo color. Sentado en el baño contestó los mensajes —volvían en tres días— y leyó lo que había buscado antes de quedarse dormido. Hay varias razones por las que no se recomienda meterse al mar de noche. Una de ellas es que es más difícil ver lo que hay en el agua y evitar obstáculos o peligros como rocas o corrientes fuertes. También puede ser más fácil perderse o desorientarse. Además, puede haber criaturas marinas terribles que sólo salen en la noche.

Ella entró al cuarto con una sonrisa de las grandes, de las que hacía mucho que no le veía.

—¿Viste el salvavidas? Y este es el collar. —Se rodeó el cuello con el tubo de plástico rosa y cuando lo aseguró se encendió una fuerte luz fucsia—. Era el único de este color —dijo, como si tener ese color único fuera un raro talento.

—No quiero que corras riesgos.

—No hay ningún riesgo. Te espero en el desayunador.

Cerró la puerta sin esperar respuesta. La distancia entre ellos le parecía enorme ahora, tanto que habría querido tomarla de los brazos con fuerza, atraerla hacia su pecho y pegarse a ella, abrazarla hasta que se quedara quieta. Después la iría soltando de a poco hasta restablecer la distancia ideal para la convivencia.

El chaleco y el tubo le parecieron anuncios de peligro, pero cuando dejaba el cuarto ya pensaba que eran más que eso. ¿Qué habría hecho ella si él le prohibía ir? ¿Había invitado al instructor a propósito a la mesa para que él viera que ella tenía opciones? Apenas pudiera leería sobre la diferencia entre el peligro, la amenaza y la extorsión.

8

Se sumergía en el mar pero el agua no lo mojaba. Se despertó sobresaltado, con una sensación de ahogo que no podía atribuirle al sueño. Ella dormía tranquila dándole la espalda.

Como no podía volver a dormirse, quiso interpretar el sueño. Salió a la terracita, puso la silla de frente a la luna y de espaldas al cuarto —por un rato quería olvidarla— y leyó en el celular sobre los significados de soñar con el mar. Sumergirnos en un océano intranquilo habla de un momento de confusión y de grandes preocupaciones. Cuanto más elevadas las olas, mayor la tensión que revelan. Si en cambio nadamos o navegamos en un mar calmo, estamos felices con nuestras vidas. Batallar contra olas embravecidas simboliza la dificultad de sobrellevar las tensiones del día. Extraviarse en el mar, por otro lado, expresa nuestro temor a perder el control. Un inminente fracaso profesional o en nuestras relaciones puede hacernos soñar con caer en el océano y no poder salir. La profundidad bajo nosotros —tembló de frío o de miedo— señala lo importante de las decisiones a tomar, y sentir que nos ahogamos en ese oscuro abismo habla de la medida de nuestra desesperación.

Frente a él se extendía el mar con sus dos muelles, cada uno con su farol encendido en el extremo, y se alineaban las sombrillas en la arena desierta.

9

Espera a que ella deje de saludarlo desde cubierta —lleva el collar fucsia encendido y el chaleco que le juró que usaría—, que Carlos desde el timón haga girar el barco —él va de verde— y decide volver al hotel. Le dijo que la esperaría en el muelle, pero sopla demasiado viento y siente frío. Sube a la terracita y se sienta en la misma silla donde leyó sobre los sueños. El mar está oscuro, casi tanto como el cielo, pero una luna delgada le saca algo de brillo. Desde donde está no llega a ver la luminiscencia de la que todos hablan.

La brisa trae retazos de música del bar que se mezclan con el rumor de las olas.

El barco está inmóvil más allá de la rompiente. A la luz de la cubierta puede ver los puntos de color de los chalecos y las pequeñas rayas luminosas de los collares. Ella no le cree, pero su vista sigue siendo la de siempre. No se han alejado mucho, solo se han apartado del muelle. Es todo una estafa, piensa. Podrían bucear desde la playa sin problemas, pero montan todo un circo y te lo cobran. Los puntos de color se reúnen en la popa. Hay más rayas que puntos. No ve ningún punto fucsia. Seguro que ella se ha quitado el chaleco para bucear. Los puntos y las rayas saltan en todas direcciones y se hunden en el agua. Ahora son solo guiones fluorescentes que se bambolean apenas, verdes, rojos, amarillos, en medio del agua oscura.

La única rayita fucsia se separa del resto y avanza hacia el muelle más lejano. Los demás han flotado hacia la costa o se han internado en el mar, pero ella ha decidido otra cosa —ella siempre decide otra cosa— y se sumerge cerca de los pilotes. Él se levanta de la silla. Recuerda que eso está prohibido, alguien debería salir a acompañarla. Se aferra a la baranda. Se oyen los gritos de un par de gaviotas que pasan cerca de su terraza. Otra rayita se mueve en su misma dirección. Es verde y avanza rápido. Ella ha vuelto a la superficie y está quieta, probablemente abrazada a un pilote. Las dos rayas se juntan, se hunden y vuelven a emerger. Se quedan quietas bajo el muelle. Mientras las mira, una gran sensación de fatiga se instala en su cuerpo. Se sienta nuevamente —tiene las rodillas flojas— y cierra los ojos. Al principio el dolor es una maraña de púas doradas que gira y desgarrar, pero que al rato se reduce a una molestia sorda. Esta vez el miedo no le revuelve las entrañas. Su padre una vez le dijo que los años lo volverían más indiferente a las desgracias.

10

Se queda sentado en la terracita. Está cansado pero no tiene sueño. Ella no lo llama a dormir. Podría tenderse en la reposera, pero

por ahora se queda en la silla de espaldas al cuarto, y como no hay suficiente luz para leer su libro, se entretiene con el celular. Ya se acostumbrará al nido de amargura que se le instaló en la garganta. Se pregunta si no debería buscar la definición de cliché, pero prefiere leer qué es el desencanto. Emoción negativa que resulta de descubrir que alguien o algo no es como se imaginaba o esperaba. A su edad esto es más que desilusión, piensa. Busca. Una catástrofe es un suceso desdichado en el que se producen grandes calamidades con una grave alteración del desarrollo normal de las cosas.

Las nubes ocultan la luna y la oscuridad se acomoda en los rincones. Solo permanecen encendidos los faroles de los dos muelles. Pasa un crucero a lo lejos, un racimo de puntos blancos —como bichitos de luz— en la clausura de la noche.

LA SOLIDARIDAD DE LOS EXTRAÑOS

•

Gracias a la recomendación del director de mi escuela, amigo de la dueña, apenas terminé quinto año entré a trabajar en una farmacia del centro. Como era rápida con la bici, primero estuve a cargo de los repartos, después de limpiar vidrios y vitrinas, y cuando abrieron un sector de belleza y perfumes, me propusieron ser vendedora. Tenía que ponerme chaquetilla rosa, estar siempre muy prolija y saber de memoria para qué servía cada producto. En casa había sido la primera en terminar la secundaria. Ahora era la única que trabajaba en blanco y, además, con uniforme.

Cada mañana me instalaba tras mi mostrador, junto a la puerta de entrada, y charlaba con los que esperaban que llamaran su número. No quiero exagerar, pero sabía de la vida de todos a cuatro cuerdas a la redonda. Cuando no tenía con quien conversar me aburría un poco. A través del vidrio solo veía la casa de La Pajarita.

Algunos de los empleados estaban un tiempo y buscaban un empleo más liviano porque la farmacia cerraba al mediodía y los obligaba a tomar cuatro colectivos diarios. A mí eso no me importaba: me subía a la bici y en media hora estaba en casa, pero no todos sabían zigzaguear entre los autos para ahorrarse el pasaje. Los que nos quedamos muchos años nos hicimos amigos. Los viejos, nos decían, aunque éramos todos menores de treinta.

La farmacéutica se llamaba Cordelia, pero los muchachos le decían Curdelia porque en la oficina escondía una botella a la que recurría en ocasiones especiales. Yo misma la vi servirse una copa cuando el Flauta destrozó la farmacia. Ella abría a las ocho en punto y se instalaba en la caja. Casi no nos miraba. Nunca sonreía ni hablaba de nada que no tuviera que ver con la venta que cobraba en ese momento. Pagaba en regla, daba premio en Navidad y no se enojaba con nadie. Solo se apartaba un momento de la caja cuando La Pajarita pasaba a saludarla. Parece que se habían recibido en el mismo colegio de monjas, aunque era difícil pensar que la vecina de enfrente alguna vez se hubiera adaptado a algo tan rígido como una educación religiosa. Yo había ido a escuela pública y nunca tuve amigos en las privadas, pero las imaginaba parecidas a regimientos.

Siempre estaba contenta. Salía a caminar toda emperifollada, de taco alto, con aros grandes y rulos duros de *spray*. Caminaba mirando hacia arriba, como si buscara aviones en el cielo. Volvía una o dos horas después con la sonrisa más grande que antes. Nadie habría dicho, al verla tan bien vestida, que la mujer estaba rematadamente loca. Yo tampoco lo creía hasta que una mañana que llovía a cántaros y no entraba nadie, la mujer se puso a hablar con Cordelia. De lo que oí ese día y de lo que fui averiguando por el barrio pude entender —hasta un punto— su delirio.

La Pajarita venía de una familia de plata. Le habían dejado algunas propiedades y esa casa antigua que yo veía a través del vidrio, de dos plantas y terraza. Yo andaba bastante por el barrio porque, como la perfumería era el sector con menos movimiento, cuando Cordelia necesitaba algo de la librería o de la despensa, me mandaba a mí. Frente a la Pajarita todo era halago, interés, colaboración, que señora de acá, señora de allá, pero a sus espaldas decían que estaba chapita. Los chicos del barrio se ofrecían a pasearle el perro o a comprarle el pan, y ella correspondía con chocolates. La gente le llevaba a los bebés para que los bendijera —también le atribuían poderes— y se iban con gajos de su jardín y dulce casero. No tenía

familiares directos, solo unos sobrinos muy lejanos que la visitaban cuando se acercaba fin de año. En el barrio los criticaban. Ahí están esos tres interesados, decían, seguro que vienen a ver si ligan algo para Navidad. ¿En serio está loca?, les preguntaba yo a los vecinos. No te dejes engañar, me contestaban. Disimula muy bien, pero por algo le dicen La Pajarita.

Recién cuando escuché la conversación que tuvo con Cordelia entendí: la mujer salía a caminar para que los pájaros la vieran porque pensaba que tenían el poder de mantenerla viva. Tenés que estar más tiempo en la calle, Cordelia, oí que le decía. Haceme caso. Los pájaros tienen que verte seguido si querés vivir muchos años. Cuando se olvidan de vos, es como que todo se desarma. Ellos sostienen el mundo, creeme lo que te digo.

Cuando paró de llover y se fue, me junté con los muchachos en la trastienda. Era cierto, le chifla, dijeron. También yo tomé su locura en broma, pero me puse a mirar la casa con curiosidad. Quería saber más de ella, no para aprovecharme, como los que le hacían los mandados o le iban a mostrar los bebés recién nacidos, sino porque sospechaba que a una mujer que vivía en un mundo tan alejado del nuestro podía pasarle algo malo en cualquier momento.

La conocí activa y voluntariosa, alegre, conversadora. Con los años se fue apagando y empezó a salir menos. En la despensa me contaron que había hecho armar jaulas enormes. La espiaban por sobre el tapial y habían visto que pasaba el día en el jardín del fondo mirando los pajaritos. Los que se le volaron, dijeron. Yo no me reí. Sabía que era al revés, que ella se les ponía delante para no morirse, pero preferí no decir nada. Era mi forma de protegerla.

*

Nunca supimos de dónde salió el matrimonio que se le instaló en la casa. Algunos decían que el hombre era el jardinero, pero yo nunca lo había visto antes. Y la mujer era su esposa. Lo cierto es que se quedaron a vivir con La Pajarita y dejamos de verla.

A la mujer del supuesto jardinero los muchachos la bautizaron Cebollera porque apestaba, entre otras cosas, a cebolla. Se cruzaba una o dos veces por mes a comprar medicación psiquiátrica recetada a nombre de La Pajarita. Una vez me animé y le pregunté cómo estaba la señora. Bien, me dijo, dentro de todo. Se la pasa en el jardín de atrás con sus jaulas, ya sabe. Nos pide que la vistamos bien colorinche para que los pájaros la vean. ¿Ustedes la tienen que vestir?, le pregunté. Yo me encargo de eso, sí, me dijo. Casi no se mueve, vio.

También me encontré con la Cebollera en la confitería de la otra esquina. Cordelia me había mandado a comprar vainillas. Le sonreí de lejos. Me cruzó al salir y me guiñó un ojo mostrándome una bolsa transparente con una caja de medio kilo de bombones. Son para La Pajarita, me dijo.

A la Cebollera la veía a diario porque parecía obsesionada con manguerear la vereda. Las persianas se llenaron de telas de araña, pero las baldosas relucían. Cuando la vereda se secaba, el marido se sentaba en una reposería junto a la puerta de la casa, en malla y musculosa en verano y en buzo azul de gimnasia en invierno, y les decía guarangadas a las mujeres que pasaban. La primera vez que me dijo algo creí que había oído mal. La segunda vez fue la última: empecé a tomar con la bici por otro camino y a evitarlo cuando hacía mandados. El Hongo, le decían los muchachos. Parece que la Cebollera le compraba un pomo tras otro de fungicida para los pies.

Me parece que la tienen dopada, me dijo un compañero. Lo que le compran dormiría a un elefante.

Esos dos le cobran las rentas, me contó la de la librería. Los sobrinos ya no vienen porque no aguantan el olor que hay en la casa.

En la despensa comentaban que la tenían en el jardín hasta en invierno. Pobre vieja, oí que decía una mujer. Dijo también que años atrás le había llevado a su hijo, que era milagrosa. La despensera sacudió la cabeza mientras le cortaba el fiambre. ¡Si usted supiera la mugre de esa casa!

*

Un lunes vimos que enfrente paraba un taxiflet y que bajaban unos bultos. Aprovechando que Cordelia atendía al dueño de la droguería en la oficina de atrás, uno de los muchachos se cruzó a ayudar en la descarga y volvió con novedades: le habían alquilado la habitación de servicio, la que estaba en la terraza, a un hombre del interior de la provincia. Del taxiflet bajaron muchos *long plays* y muy poca ropa. Cordelia volvió a la caja y ya no pudimos seguir conversando, pero con los días nos enteramos del resto de la historia. Parece que el matrimonio la había convencido de que fuera vendiendo las propiedades y ya le quedaba tan poco que necesitaban sacar plata de algún lado. A la Cebollera la veían mucho en la quiniela. Y los remedios de La Pajarita son caros, comentaban los muchachos.

El nuevo inquilino era un hombre muy flaco y alto que caminaba encorvado y parecía no poder levantar la cabeza. Apenas se instaló, apareció con una receta y se la dio directamente a Cordelia. Ella le sonrió y lo atendió. Con los muchachos no entendíamos nada, pero resultó ser que era del pueblo de los abuelos de Cordelia y se conocían de la infancia. Cada vez que iba se quedaba hablando con ella, con el codo en el mostrador y mirando al piso. Agregame un calmante para el cuello, le decía siempre. Viste cómo es. El mundo es tan horrible que mirarlo de frente me hace sufrir.

Me fijé en su manera de andar y era cierto, solo miraba el punto donde tenía que poner el pie para dar el siguiente paso. Los muchachos lo bautizaron El Flauta un día que lo vieron sentado a caballo en la balaustrada de la terraza con una flautita que sonaba bastante bien. No sé nada de música, pero lo que tocaba me hacía acordar a las canciones italianas que oían mis padres de jóvenes en el tocadiscos.

Yo me encargaba de vender maquillaje, cremas antimanchas, lociones que prometían la juventud eterna, y no sabía qué compraban los clientes que venían por medicamentos. El Flauta, encima, trataba directamente con Cordelia, así que pasó tiempo hasta que los muchachos se enteraron de qué llevaba. Dijeron el nombre de drogas

que no recuerdo y me explicaron que tenía problemas serios: tomaba un antipsicótico, un regulador del ánimo y un antidepresivo. Con lo simpático que es, decían, quién diría que está tan enfermo. Bueno, La Pajarita era igual, toda dicharachera y mirá cómo terminó.

El Flauta le daba charla a Cordelia y ella parecía cómoda con él, tanto que, tras meses de verlos conversar junto a la caja, rogábamos que se pusieran de novios a ver si a ella le cambiaba un poco la cara. Pero un día él entró de malhumor. Cerró la puerta con un golpe y dijo, desde el medio del negocio y sin mirar a los dos clientes que estaban antes que él, que no le habían llegado las recetas desde el pueblo y que necesitaba llevar lo de siempre. Apenas las tuviera... Pero Cordelia fue firme: no podía darle nada sin receta. Pero si vos me conocés, si sabés que estoy demente, le dijo él. ¡Sin medicación me pongo mal! Solo vendemos con receta, dijo ella. Entonces él se exaltó de pronto y le gritó que era una vieja ridícula, que se hiciera coger. Nos miramos espantados. Agitaba los brazos sin control mientras les decía a los dos clientes, que despacio se iban apartando, que esa mujer era una reverenda hija de puta. Cuando vio que Cordelia se encerraba en la oficina, su furia fue mayor. Barrió con las manos las góndolas de los dentífricos, volteó los exhibidores de los perfumes de bebés —nosotros nos mirábamos sin saber qué hacer—, pateó el poste del dispensador de números, y antes de abrir la puerta para irse se dio vuelta, miró hacia la oficina y le gritó a Cordelia que por más plata que tuviera siempre iba a ser una judía de mierda.

Cuando se fue, en la farmacia todos nos quedamos mudos. Con ayuda de los clientes los muchachos se pusieron a juntar todo lo que había tirado y yo fui a ver a Cordelia a la oficina. Estaba pálida y no podía cerrar la boca del susto. Frente a ella había un vaso con algo que parecía té y que yo sabía que no era té. Le acerqué agua, pero siguió tomando lo que se había servido. Me quedé ahí hasta que se levantó a cerrar. Uno de los muchachos del grupo de los viejos se había hecho cargo de la caja. Ella le agradeció y le dijo que desde ese día era el cajero de la farmacia. Él se puso contento porque cobraría con aumento.

A la mañana siguiente, apenas entramos, nos dijo con cara de desprecio que si ese tipo amagaba con hacer algo así otra vez llamaríamos enseguida a la policía. No puedo prohibirle que entre, dijo, pero se desquicia de nuevo y termina preso. O internado. Desde ese día pasó la jornada sola en la oficina.

*

El Flauta y su flauta siguieron apareciendo en la terraza de enfrente todas las tardes. Elegía canciones tristes, y a la mañana, cuando salía camino al trabajo —del que no sabíamos nada— iba aún más encorvado. El Hongo, desde la puerta, seguía acosando a cuanta chica pasara caminando o en bicicleta, y la Cebollera empezó a hacer las compras en zapatos de charol y abrigos que alguna vez le habíamos visto a La Pajarita. Así pasó un mes. Yo me preguntaba dónde habría comprado el Flauta sus remedios de la locura cuando al fin le llegaron las recetas.

Un día volvió a la farmacia. Se irguió un poco al entrar y se acercó a mi mostrador. Estaba flaquísimo. Se sostenía el pantalón aunque llevaba el cinturón ajustado al máximo. Tenía el pelo grasiento, las uñas sucias y la remera manchada. Buenos días, señorita, me dijo. ¿Usted me podrá atender? Y siguió: Después de lo que hice no sabía si volver. Espero que se entienda que soy un hombre enfermo. Miré a mis compañeros en busca de auxilio, pero estaban ocupados o simulaban estarlo. Agarré la receta que me mostraba. Le preparé el pedido y mi compañero le cobró. No hicimos ningún comentario entre nosotros.

Desde entonces siempre se portó con la corrección de un caballero de los de antes. Me decía señorita esto, señorita lo otro. Me tomó de confidente. Cada visita a la farmacia era un lamento atropellado. Hablaba rápido y saltaba de un tema al otro. Me confió que como tomaba esas cosas desde chico —señaló las cajas que yo había alineado en el mostrador— se había quedado sin dientes a los treinta años. Estos que ve, señorita, son postizos, me dijo. Éramos de la misma

edad —me di cuenta por el número de documento de la receta—, pero parecía mucho mayor. Será que la locura avejenta, pensaba yo. No miraba televisión porque la pantalla lo mareaba. No le daba miedo la altura cuando se sentaba en la balaustrada para tocar la flauta, pero le aterraba caminar mirando al frente. Aunque no creía en la buena voluntad de los desconocidos, a mí me consideraba una amiga. Muchas veces le di la medicación sin la receta porque me explicó que no podía dejar de tomarla ni un día. Y agregó: Usted ya vio lo que me pasa, señorita. Los muchachos decían que como había arruinado las cosas con Cordelia, ahora quería conquistarme a mí, pero yo estaba segura de que no se trataba de eso.

Un día le pregunté por La Pajarita y dijo que me iba a averiguar.

*

Yo no podía olvidar los insultos que le había oído decir al Flauta —que se llamaba Tadeo, según su receta— y entendía que era un hombre inestable, pero desde el ataque parecía haber mejorado mucho. Estaba menos sucio y hablaba más pausado. Pocos días después de que le pregunté por La Pajarita volvió a la farmacia. No sacó número. Esperó a que me desocupara, se acodó en el mostrador y me dijo que se había asomado por la terraza y la había visto en la galería de abajo tapada con una manta. Después bajó la voz y me pidió un suplemento para sacar músculo. Me lo tuvo que repetir porque me quedé mirándolo sin entender. Fuerza, dijo doblando un brazo, quiero ser más forzudo. No vendemos eso acá, le contesté. A la vuelta, en el gimnasio, ahí pueden tener. Pero pregúntele primero a su médico, mire que lo que usted toma no se puede mezclar con cualquier cosa. Me agradeció y salió hacia donde yo le había indicado. Estaba tan flaco que un día de esos se lo iba a llevar un viento.

Una semana después, uno de los muchachos me hizo señas con la cabeza para que mirara hacia enfrente. En la terraza, El Flauta movía unas mancuernas de uno o dos kilos cerca de la balaustrada. Subía las manos hasta el hombro, alternadamente, y después de

diez movimientos, descansaba. Se había sacado la remera y el sol del verano iluminaba su piel blanquísima, el filo de los hombros y de los codos, la espalda arqueada. Comida, necesita, no pesas, dijo uno de los muchachos. Están todos locos en esa casa.

Cuando fue por su medicación, parecía encorvarse menos. Por decir algo, le comenté que lo había visto hacer ejercicio. Cruzó un índice sobre los labios y sacudió la cabeza con los ojos cerrados. Por favor, no lo comente, señorita. Me pongo al sol porque sé que fortalece, pero si se me ve desde la calle voy a tener que ejercitar en mi cuarto. Le di su paquete y se fue mirando hacia el piso y también hacia los costados y hacia atrás, como si tuviera miedo de que lo siguieran. ¿Me parece a mí o está peor?, me preguntó uno de los muchachos. No supe qué contestarle. Solo le dije lo que me había contado de La Pajarita, que estaba bien pero que parecía seguir pensando que mientras la vieran los pájaros no iba a morir.

El sol se debilitó y el viento del otoño ensució las veredas. El Hongo se abrigó con el buzo azul, aunque seguía en malla y ojotas. Cuando la Cebollera llegó con la receta de La Pajarita, llevaba medias de nylon, chinelas de plush y un impermeable de los buenos que seguramente no era suyo. Tenía una hoja seca prendida del pelo y una costra de mugre en la nuca. Se dio cuenta de que yo la miraba, porque al salir me señaló con una uña larga y curva: Usté no le crea nada al Tadeo, que está más loco que una cabra.

A la tarde Cordelia me mandó a comprar yerba y galletitas para nuestros descansos. Al entrar a la despensa oí que la dueña decía: Le juro que lo único que come esa mujer es chocolate. Me acerqué porque sospeché que hablaba de La Pajarita. Nosotros la miramos sobre el tapial, vio, y la mujer esa le pone la caja de bombones al lado y la deja toda la tarde ahí con las jaulas. Yo me acuerdo de lo que era ese jardín, una belleza, y ahora es casi una chacarita. Creo que los pájaros están mejor alimentados que ella, mire. Al volver a la farmacia entré en la oficina, le di a Cordelia la bolsa con su pedido y le pregunté si sabía algo de La Pajarita. Hace mucho que no viene, dijo, estará de viaje. Le dije que no, que la cuidaba esa gente que ahora

vivía con ella. No pareció interesarse en la noticia. Serán parientes, contestó, y me dio una hoja con precios actualizados para los muchachos. Cuando ya me iba oí que decía, con la voz tensa: No me gustan los chismes de barrio.

Cordelia nunca me había hablado mal antes. ¿Quién me mandaba a mí a meterme en lo que no me importaba? En casa siempre me decían que vivía en la luna, que tenía que entender cómo funcionaban las cosas, entender y aceptar. Madurá, decían mis padres. Seguía viviendo con ellos porque eran jubilados de la mínima y a mí para alquilar no me alcanzaba, así que entre los tres estábamos bien. Madurá, me dije entonces. Cuando la gente estaba loca no le importaba a nadie. Los que se inventaban un mundo se tenían que cuidar solos.

Los días eran ahora más sombríos. Yo trataba de no pensar en ella, pero cada vez que volvía a la farmacia a la tarde y entraba la bici me preguntaba si estaría en el jardín de atrás, con ese viento, con esa garúa. Una tarde lluviosa El Flauta fue por lo suyo y antes de irse se inclinó hacia mí y me dijo, bajito: En un rato se la traigo, señorita. Creí que se refería a la receta que le acababa de perdonar, y entendí de qué hablaba recién un par de horas después, cuando salió de la casa de enfrente llevando en brazos un bulto envuelto en una frazada a cuadros. De un extremo salían unos pelos largos y enredados, y del otro un par de pies flacos, sin medias. Empujó la puerta de la farmacia con la espalda. Tras él corría la Cebollera en salto de cama de matelassé y chinelas de taco con pompones. ¡Creo que hay que llamar a una ambulancia!, gritó él. Los muchachos se acercaron para aliviarlo de la carga. La Pajarita estaba adormecida, demacrada y flaca, pero tenía el vientre hinchado y parecía pesar. La llevamos a la oficina de atrás y Cordelia llamó al hospital. La Cebollera se quedó un momento en la puerta y después se fue.

El Flauta esperaba en un rincón, junto a mi mostrador. Me acerqué a preguntarle qué había pasado. Aproveché que él dormía, me dijo, y la pude alzar. Estaba listo para sacarla a los puñetazos si era necesario, pero el hombre por suerte siguió durmiendo. Le pregunté por qué la había llevado a la farmacia en vez de llamar a la policía.

¿Y por qué no llamaron ustedes?, me preguntó. Se volvió a su casa. Parecía enojado.

La ambulancia llegó rápido. Cuando la sacaban en una camilla oí que el médico decía que estaba deshidratada. Ella iba con los ojos cerrados y repetía, con la lengua un poco trabada, que la imaginación de los pájaros sostenía el mundo.

*

Dos mujeres policías entraron en la casa y al rato llegaron los sobrinos. Supusimos que echarían al matrimonio, pero no fue así. Sacaron unas valijas, un cubrecamas, y ya no volvieron. La casa estuvo cerrada por días, y después la Cebollera volvió a hacer las compras como antes, siempre con ropa que le habíamos visto alguna vez a La Pajarita, y el Hongo se instaló en la ventana, no en la vereda. Yo igual no pasaba por ahí para no olerlo, para no imaginar lo que podía estar pensando.

Del Flauta no sabíamos nada. A trabajar, de hecho, no iba, salvo que saliera más temprano y volviera más tarde que antes y yo no lo viera. Por más de una semana no se asomó por la terraza, y cuando al fin salió —un día soleado y muy frío—, apoyó los codos en la balaustrada y se puso a fumar. Alguna vez me había contado cuánto le costó dejar y me había dicho que a veces pensaba que más que toda la porquería que le hacía tomar el psiquiatra del pueblo, lo que necesitaba era un cigarrillo. Les pregunté a los muchachos cómo se les decía a las estatuas que asomaban de los techos de las iglesias: gárgolas. La casa era de techos altos y la terraza quedaba por encima de las demás. Eso parecía él allá arriba, una gárgola.

*

Fue por esa época que conocí a Amílcar. Era un cliente del barrio y buscaba un regalo de cumpleaños para su padre. Quería un perfume clásico, algo que le gustara a un hombre grande. Le ofrecí el

que siempre llevaba para mi papá y conversamos un rato de lo que significaba a nuestra edad vivir todavía con los viejos. Él era bastante mayor que yo, y parecía todavía más grande porque se peinaba con gomina hacia atrás, como ya casi no se veía. Pasó a los pocos días a decirme que el perfume lo había puesto contento. Siguió yendo con excusas diferentes y un buen día me preguntó si ese viernes quería ir a cenar al club que quedaba a la vuelta. Todavía me acuerdo de cómo me latía el corazón cuando le dije que sí. Entramos al club del brazo y él corrió la silla para que yo me sentara. Era tan respetuoso que me sentí cómoda y tomé más de una copa de vino. Le conté de La Pajarita y del Flauta, y en medio de la cena me di cuenta de que hacía mucho que él no aparecía en la terraza. Había estado pensando en Amílcar y el tiempo se había ido como agua.

Al día siguiente les pregunté a los muchachos si lo habían visto. ¿Estaría comprando su medicación en otro lugar? ¿Se habría vuelto al pueblo? No sabía cómo hacer para averiguar. Podía cruzarme y preguntar, pero el Hongo me daba pavor y en la Cebollera no confiaba mucho. Se me ocurrió averiguar en el quiosco —supuse que si había vuelto a fumar tenía que comprar cigarrillos— y en la despensa —donde podían haberlo visto por sobre el tapial—, pero nadie sabía nada.

Un día me decidí: en vez de cruzar de vereda para no pasar con la bici delante de la ventana del Hongo, esperé a que saliera la Cebollera a manguerear y me detuve como de casualidad junto al cordón. La saludé y le pregunté si Tadeo necesitaba algo, que hacía mucho que no iba por la farmacia. Ella me miró sin dejar de mover la manguera y sin sonreír. Mejor ni me lo nombre, me dijo. Todo tenemos que hacer ahora. Para cobrarle el alquiler tengo que ir a sacar yo la plata al cajero porque el duque ese no quiere bajar a la calle. Tengo que comprarle la comida, los puchos. Directamente ya ni le devuelvo la tarjeta, para qué. Él me dice qué quiere, yo voy y le compro. Muy cómodo resultó el señor. Siguió dándole a la manguera. Nunca entendí por qué tenía la vereda tan limpia si el resto de la casa era una ruina. ¿Y la medicación?, le pregunté. A mí no me

pregunte. No me dijo que le comprara nada. Me miró, sonrió para el costado mostrando un hueco negro en las muelas y se rio. Mire que salió chusma usté.

No me caía bien El Flauta. La escena de descontrol de tiempo atrás todavía me ponía en guardia. Aun así, les dije a mis compañeros que tendríamos que asegurarnos de que estaba bien, pero ellos no estaban seguros. Era un hombre grande, tenía familia, ¿qué teníamos que ver nosotros? Cordelia se enojó conmigo cuando le pregunté si no tendríamos que llamar a la policía o a desarrollo social. ¿Con lo que hizo la otra vez vos querés que yo sea su acompañante terapéutico? ¿Vos te acordás de las cosas que me gritó? Sí, me acordaba, pero era un hombre enfermo. Bueno, dijo, entonces es responsabilidad de su psiquiatra, no nuestra. Asentí y seguí con mi trabajo. Ella tenía razón, pero yo no podía dejar de pensar que estábamos haciendo con él lo mismo que con La Pajarita, mirar para otro lado.

*

Seguimos saliendo con Amílcar y lo llevé a comer a lo de mis padres, que nunca me habían conocido un novio. Cuando llegó la primavera me pidió casamiento. Dijo que sabía que era todo muy rápido, pero ya no éramos unos chicos y había que apurarse a encargar bebés. Después de tantos años de sentirme inmadura, impresionable y sensiblera, ya era una mujer adulta con un trabajo fijo en el que me apreciaban, novio oficial y planes de casamiento. Estaba tan contenta que hasta pensé en comprarme zapatos de taco y dejar de usar mocasines, pero me dio un poco de pudor hacer tantos cambios a la vez.

Cordelia estaba muy cansada y hablaba de jubilarse cada vez que abría la farmacia por la mañana, pero nadie la tomaba muy en serio. Con Amílcar fijamos fecha para el 20 de diciembre, así podíamos juntar la licencia por el casamiento con las vacaciones. No íbamos a hacer una fiesta grande: sería solo un almuerzo en el club donde habíamos cenado la primera vez, y los invitados se pagarían su tarjeta. Por nuestra cuenta correrían la torta y el brindis.

Mi último día de trabajo antes de salir de licencia, al dar vuelta la esquina en la bici vi un patrullero en la puerta de La Pajarita y gente rodeando, a cierta distancia, un bulto alargado cubierto por una sábana. Me crucé y pedaleé por la vereda de enfrente hasta la farmacia, donde esperaban mis compañeros para entrar. No quise escuchar lo que decían. Dejé la bici en la trastienda, como todos los días, y demoré en salir. Tomé dos tazas de té en vez de una. Cuando Cordelia se asomó y me miró con las cejas alzadas, lavé la taza y me instalé detrás del mostrador. Los muchachos comentaban con las clientas lo que había pasado. Uno de ellos había llegado muy temprano ese día y lo vio saltar. Esa tarde tendría que declarar ante el juez como testigo de los últimos segundos del Flauta.

Cuando pude mirar hacia afuera, la gente se había dispersado. Solo quedaba una mancha oscura en las baldosas, que la Cebollera empezaba a manguerear con la misma expresión vacía de siempre. Le dije a Cordelia que me sentía descompuesta y que necesitaba sentarme en la trastienda un rato frente al ventilador. Me costaba respirar y estaba mareada. Pobre hombre, pensaba, que habrá estado pasándole. Cordelia llamó a Amílcar al trabajo y le pidió que me llevara a casa, que era mejor que descansara antes de la boda. Los calores de diciembre debilitaban mucho, dijo, ¡y encima los nervios del casamiento y ese barrio de locos!

Cordelia no era una mala mujer, solo un poco fría, como si hubiera vivido tristezas de las que había decidido no hablar. En el club, mientras comían porción tras porción de torta, los muchachos me contaron que el juez la llamó para que reconociera el cuerpo. Parece que al llegar a la ciudad El Flauta la había puesto como contacto cercano en la obra social. No querían molestar a la mamá con ese trámite porque era una mujer muy mayor. Contaron que Cordelia estaba furiosa. Habían sido días muy intensos para mí, así que imaginarla en esa situación me hizo reír. ¡Justamente ella iba a ser la última de nosotros en verlo!

El trámite tiene que haber sido difícil, porque después cerró la farmacia. Nos pagó las vacaciones y la indemnización, alquiló el

local a una ferretería y se jubiló, como venía amenazando. Dijo que la farmacia sindical de la otra cuadra a la larga la iba a llevar a la quiebra, así que para qué seguir.

Con los muchachos prometimos mantenernos en contacto, pero no he vuelto a verlos. Imagino que estarán ya canosos y algo más gordos. Conseguí empleo en una tienda de ropa y después de muchos años me han hecho supervisora. Dicen que soy buena en el puesto, lo que es comprensible porque aprendí de Cordelia: no me involucro con las clientas y soy amable con las empleadas, pero si me vienen con llantos les digo que el trabajo no es lugar para compartir cuestiones personales. No permito chismes ni adhiero a campañas solidarias. A veces paso por lo de La Pajarita para ver cómo crece, donde estaba su casa, una torre muy elegante que promete todas las comodidades y una vista privilegiada del amanecer. Ojalá pudiéramos comprar con Amílcar un departamento ahí. Saldríamos al balcón todas las mañanas a que nos vieran los pájaros que todos los días, aunque a veces lo olvidemos, nos mantienen con vida.

ÍNDICE

•

- 3 **LOS INDISCUTIDOS BENEFICIOS
DEL DEPORTE**
- 11 **PELIGROS DE NADAR DE NOCHE**
- 22 **LA SOLIDARIDAD DE LOS EXTRAÑOS**



•
SUSANA IBÁÑEZ

nació y vive en Santa Fe. Se ha especializado en Literaturas y Culturas Comparadas en la Universidad Nacional de Córdoba, donde obtuvo su doctorado con la tesis *Variaciones en el policial negro: el deseo del héroe y la infelicidad en la cultura* (2013). Ha publicado tres libros de cuentos: *Por íntima convicción* (Premio Juana Manuela Gorriti, Salta, AVH, 1999), *La vida al ras del suelo* (Premio Provincia de Córdoba, Letras y Bibliotecas, 2018) y *Aprender a flotar* (Moglia/Ojo lector, 2022). En 2020 publicó dos nouvelles, *La aguja en el ojo* y *Me verás volver*, bajo el título *Te juro que es por tu bien* (Palabrava y Pro Latina Press) y en 2021 la novela *Mientras vence afuera la sombra* (Palabrava). Coordina talleres de narrativa presenciales y virtuales, clínicas y acompañamientos de obra. Desde 2021 coordina un taller de literatura en la Unidad Correccional IV de mujeres. Organiza, junto con Alicia Barberis y Mercedes Bisordi, el ciclo *Lecturas en las callecitas* desde 2020, y con la Biblioteca Domingo Guzmán Silva el *Encuentro de Escritores de la Costa* desde 2022.

[FOTO: SANTIAGO IBARRA]

COLECCIÓN **ALMANAQUE**

dirigida por Analía Gerbaudo

Como los viejos almanaques en los que caían juntos el santoral, dibujos o fotos y el calendario lunar, en esta colección se reúnen textos diversos hilvanados por la presunción de la necesidad de su difusión en este corte del presente.



VERA editorial cartonera

Centro de Investigaciones Teórico–Literarias
de la Facultad de Humanidades y Ciencias
de la Universidad Nacional del Litoral.
Instituto de Humanidades y Ciencias
Sociales IHUCSO Litoral (UNL/Conicet).
Programa de Lectura Ediciones UNL.



Directora Vera cartonera: Analía Gerbaudo

Asesoramiento editorial: Ivana Tosti

Corrección editorial: Félix Chávez

Diseño: Julián Balangero

Este libro fue compuesto con los tipos Alegreya
y Alegreya Sans, de Juan Pablo del Peral
(www.huertatipografica.com).

Ibáñez, Susana

La solidaridad de los extraños / Susana Ibáñez.

- 1a ed - Santa Fe : Universidad Nacional del
Litoral, 2024.

Libro digital, PDF/A - (Vera cartonera / Analía
Gerbaudo ; Almanaque)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-692-396-5

1. Antología de Cuentos. 2. Literatura.

3. Literatura Argentina. I. Título.

CDD A863

© Susana Ibáñez, 2024.

© de la editorial: Vera cartonera, 2024.

Facultad de Humanidades y Ciencias UNL
Ciudad Universitaria, Santa Fe, Argentina
Contacto: veracartonera@fhuc.unl.edu.ar



Atribución/Reconocimiento–NoComercial–
CompartirIgual 4.0 Internacional